

Escribir sobre el narcotráfico: relatos adictivos

Writing about Drug Trafficking: Addictive Stories

Alberto Fonseca
North Central College
afonseca@noctrl.edu

Carlos Soler
soler679@gmail.com

Enviado: 12 septiembre 2022 | **Aceptado:** 30 marzo 2023

Resumen

A partir de la popularización de las drogas a mediados del siglo xx y su impacto social, económico y cultural, todo el planeta se transformó. Colombia, por las condiciones específicas de su geografía y la idiosincrasia de su gente, ha sido un escenario idóneo para la producción, circulación, distribución y consumo de sustancias psicotrópicas. A lo largo de la historia reciente del país, periodistas, abogados y políticos, entre otros, han entendido que la ilegalidad de las drogas no admite concesiones, porque el narcotráfico se adapta con total facilidad a cualquier expresión de la violencia. Este artículo propone una visión de la historia política colombiana en relación con el tráfico de narcóticos, revisa una muestra representativa de narconarrativas y subraya la emergencia de las voces de las víctimas como las nuevas protagonistas de estos relatos.

Palabras clave: Literatura y narcotráfico, producción cultural Colombia, narconarrativa colombiana, literatura y drogas, literatura colombiana contemporánea.

Abstract

Since the popularization of drugs in the mid-twentieth century and their social, economic, and cultural impact, the entire planet has been transformed. Colombia, due to the specific conditions of its geography and the idiosyncrasies of its people, has been an ideal scenario for the production, circulation, distribution, and consumption of psychotropic substances. Throughout the country's history, journalists, lawyers, and politicians, among others, have understood that the illegality of drugs does not admit concessions, because drug trafficking adapts easily to any expression of violence. This article proposes a vision of Colombian political history in relation to drug trafficking, reviews a representative sample of narco-narratives, and underlines the emergence of the voices of the victims as the new protagonists of these stories.

Keywords: Drug trafficking and literature, Colombian cultural production, Colombian narconarratives, drugs and literature, contemporary Colombian literature.

Preliminares

En este documento pretendemos: 1) proponer un recorrido por la historia del narcotráfico desde sus orígenes hasta el presente; 2) revisar algunas narconarrativas de ficción y no ficción sugiriendo una aproximación teórica; y 3) demostrar cómo la narconarrativa ha pasado de la descripción del narcotraficante y sus prácticas de producción y circulación de sustancias y de consumo conspicuo, hasta una preocupación empática por las víctimas de la violencia asociada. Partiremos de una amplia muestra de textos sobre este fenómeno cultural, social y político y presentaremos algunas sugerencias teórico-metodológicas, sin pretender agotar el análisis de estas.

Colombia es un país de regiones con historias, tradiciones, temporalidades y formas de violencia diferenciadas, aunque generales para todo el territorio. El conflicto durante el primer siglo de independencia (1810-1910) podría sintetizarse como la tensión entre dos ideologías de las que parten los partidos políticos tradicionales del país: el liberal y el conservador. Estos dos se enfrentaron de manera cruenta en lo que se conoce como el periodo de la *Violencia* (1946-1958). El narcotráfico se unió a esta problemática más adelante e involucró por igual el campo y la ciudad; desde cultivos y laboratorios en la selva, al tráfico y consumo de estupefacientes en las ciudades, y sus consecuencias: ajustes de cuentas, luchas territoriales, marginación social, guerras internas y contra las autoridades.

El consumo de drogas aumentó en Europa y los Estados Unidos durante los años cincuenta. La liberación sexual y los movimientos contraculturales juveniles hicieron parte de las dinámicas emancipatorias de la época. En el texto pionero *La violencia en Colombia* (1962) se señala sobre el consumo de sustancias en el país durante estos años:

Hubo también algún empleo de drogas y estupefacientes, especialmente en el occidente de Caldas y en el Valle del Cauca. La marihuana que se encuentra fácilmente por aquellos contornos, sirvió de diario estímulo en Quinchía a los bandoleros del capitán «Venganza», quien era marihuanero. A la cárcel de Caicedonia los visitantes llevaban la yerba maldita a los parientes y amigos presos, con la misma asiduidad del almuerzo diario (Guzmán Campos 244).

La marihuana fue popularizada por los poetas nadaístas, «tal como estaba sucediendo en Norteamérica entre los poetas *beatniks* y en los sectores anticultura» (Tirado Mejía 215). Enrique Santos Calderón dice en sus memorias que en la década de 1960 «la coca aún no figuraba para nada» (47). Por su parte, el historiador asegura que «a finales del decenio, se extendieron los cultivos de marihuana y se inició la llamada “bonanza marimbera”» (22). En *Nuestra guerra ajena* (2014) Germán Castro Caycedo comenta cómo muchos soldados norteamericanos durante la Guerra de Vietnam (1964-1973) comenzaron a consumir marihuana vietnamita (74) y al volver a los Estados Unidos se enteraron –por estudiantes colombianos radicados allí– que en el litoral colombiano había algunos cultivos.

El tráfico de grandes cantidades de drogas desde Colombia inició durante la década de los sesenta y estuvo asociado a la marihuana y a la región Caribe. La Sierra Nevada de Santa Marta, al norte del país, se convirtió en el centro de cultivo de la hierba, y los puertos y las sabanas de la región en los puntos de embarque hacia el exterior. La Guajira, el departamento más septentrional de Colombia, aportó los conocimientos de sus comerciantes expertos en el contrabando de diversas mercancías para sacar el producto al mercado norteamericano. Sin embargo, la marihuana dejó de ser un buen negocio; los cultivos en el estado de California abarataron los costos para el consumidor final y el tráfico decayó. Sobre este periodo existe un curioso registro gráfico del 5 de julio de 1966 (González, 187-188) en donde se puede suponer, por la asociación clara del país con la cocaína, que para esa época el tráfico ya estaba en la agenda pública; se trata de una caricatura de Juan Cárdenas publicada en el diario conservador *La República*, en donde el artista hace una parodia del escudo nacional. En esta versión, en la parte inferior, una de las embarcaciones, de las que están a lado y lado del istmo de Panamá, tiene en su mástil un amplio gallardete blanco en el que la palabra «cocaína» es claramente legible. Durante la década de 1970 la prensa publicaba artículos con bastante frecuencia sobre el narcotráfico, incluso algunos que relacionaban en el tráfico a antiguos funcionarios públicos, como el caso del exvicecónsul en Nueva York José Álvaro Córdoba Bojassen, capturado en 1970 (Sáenz Rovner, «Los colombianos y las redes del narcotráfico»; *Conexión Colombia*, 123).

Para ese tiempo empieza a mencionarse la aparición de una «clase emergente» que «amenazaba con desplazar a la burguesía tradicional» (Camacho Guizado 136). A menudo esas menciones llevaban un tono humorístico, como sucede en una columna periodística en forma de test, de Daniel Samper Pizano, titulada «¿Pertenece ud. a la clase emergente?» y publicada en agosto de 1977. Así describe el periodista esta nueva clase social: «La clase emergente está integrada, básicamente, por personajes y personajitos que de la noche a la mañana amanecieron cundidos de dinero sin que nadie –ni ellos mismos– puedan explicar convincentemente las razones de esa súbita transformación» (234). Agregaba algunas características de este tipo de personajes: ansiedad por el estatus social, derroche de dinero, mal gusto y consumo conspicuo. Las preguntas del test aludían de forma irreverente a ciertas características de contrabandistas y esmeralderos que por extensión eran las de marimberos y traficantes de cocaína. Como en todos los aspectos de la vida colombiana, se coexistió con el fenómeno del narcotráfico de forma natural, cotidiana y hasta humorística sin que al principio se le diera mayor trascendencia.

Política y droga

Los presidentes de Colombia y los Estados Unidos siempre estuvieron conectados con la problemática del tráfico de drogas. Entre los gobiernos de Misael Pastrana y Richard Nixon, por ejemplo, hubo mucha colaboración. Durante la administración de Nixon

fue creada la DEA y el 14 de julio de 1969 se anunció una «guerra contra las drogas» (Sáenz Rovner, *Conexión Colombia* 140). Rodrigo Pardo menciona que durante la presidencia de Alfonso López Michelsen (1974-1978) el propio presidente afirmó sobre el tráfico internacional de drogas: «Colombia es víctima y no victimario». El analista concluye: «el gobierno colombiano consideraba que el problema de las drogas ilícitas tenía una naturaleza multilateral y por lo tanto las soluciones no debían concentrarse en Colombia. Más bien debían incluir el control del consumo en Estados Unidos, pues la existencia de una gran demanda explicaba la supervivencia de la actividad ilegal» (100). Durante el gobierno de López se creó lo que se conoció como «la ventanilla siniestra» en el Banco de la República. «Esto permitió el lavado de dólares del narcotráfico, ya que el gobierno no tenía ningún problema en recibir divisas, sin averiguar por su origen, con tal de tener mayor liquidez en la balanza de pagos» (Sáenz Rovner, *Conexión Colombia* 154). El narcotráfico en Colombia se consolidó en este Gobierno con dos eventos principales. Por una parte, «desde mediados de 1977, el gobierno norteamericano le manifestó al colombiano que quería un nuevo tratado de extradición de nacionales que cubriese en forma adecuada el tema del narcotráfico» (205). Por otra parte, «se rumoraba que los dirigentes políticos y económicos querían organizar grupos paramilitares para defenderse» (167). El presidente Julio César Turbay Ayala (1978-1982) «anunció en su discurso de posesión una “cruzada implacable” contra el tráfico ilegal de estupefacientes que marcaría el principio de una estrecha cooperación con Washington en lo que posteriormente se llamaría “la guerra contra las drogas”» (Pardo 103). En la literatura colombiana de la época existe una convivencia entre personajes letrados y ámbitos cargados de consumo de drogas como puede verse en algunos cuentos –«El caníbal de los jueves», «El expreso, señores, está listo para partir» y «Réquiem para la niña triste»– del libro *Una fiesta y otras fiestas* (1977) de Antonio Montaña o en las novelas *Años de fuga* (1979) de Plinio Apuleyo Mendoza y *Sin remedio* (1984) de Antonio Caballero.

La mala hierba (1981), de Juan Gossáin, es la única novela que tiene como eje temático el tráfico de marihuana. Las acciones de la novela ocurren durante la década de 1970 en la República del Caribe, un país cercano a Aruba, Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela; allí, en la Montaña Blanca, hay grandes extensiones cultivadas con *cannabis sativa*. Sin hacer apologías de la delincuencia, la novela relata los comienzos, el esplendor y la caída de uno de los marimberos locales, el cacique Miranda, y su sueño realizado de emparentar con las autoridades políticas de su región. La novela sirvió como base para una telenovela en 1982 que se difundió en la televisión colombiana. Al final de la novela se anticipa el nuevo producto de exportación cuando un personaje muere al intentar entrar a los Estados Unidos con cocaína en su estómago. Desde su origen, las narconarrativas se construyen desde la periferia, o bien desde ciudades diferentes a la capital del país, o bien por escritores radicados allí –como el propio Gossáin–, pero oriundos de otras regiones. En *La mala hierba* está todo lo que va a caracterizar el mundo de las drogas y que será revisitado una

y otra vez por los novelistas colombianos: la hipocresía de las instituciones de los Estados Unidos y la violencia de los narcotraficantes, la corrupción social y política que genera el tráfico.

De esmeralderos, contrabandistas y narcotraficantes

En sus inicios el comercio de narcóticos se comparó con el de esmeraldas y el contrabando por varias razones: 1) la necesidad de hombres armados; 2) lo inesperado y veloz en que se consolidaron las fortunas; 3) el flujo de mercancía y efectivo; y 4) la necesidad de sobornar a las autoridades. Gonzalo Rodríguez Gacha, uno de los narcotraficantes más famosos, fue en su juventud un pistolero de Gilberto Molina, un patrón esmeraldero. Hay una continuidad más o menos lógica entre contrabando, comercio de esmeraldas y narcotráfico, aunque para Álvaro Camacho Guizado en las dos primeras actividades no siempre había violencia. En el narcotráfico, agrega, hay violencia hacia adentro –soplones y traidores–, hacia las barreras del Gobierno –políticas, judiciales, militares– y hacia grupos de presión –periodistas críticos, partidos de izquierda, líderes campesinos y sociales–. Camacho destaca «la violencia, la corrupción, el clientelismo, el rebusque y la inequidad como las principales bases sobre las que se asienta el narcotráfico en Colombia», y agrega «que la presencia de éste exacerba esas características estructurales» (210).

Los primeros laboratorios de cocaína en Colombia datan de mediados de la década de 1960 (Camacho Guizado 241). El tráfico de cocaína empezó durante esa misma época, pero por algunos años estuvo opacado por el tráfico de marihuana. Muchas personas norteamericanas y europeas viajaban a Colombia por mercancía para llevar y distribuir en sus países, pero a partir de 1973 las autoridades colombianas aumentaron los controles para viajeros y viajeras extranjeros, y con eso favorecieron el ingreso de traficantes colombianos en el mercado de los Estados Unidos. A finales de los setenta, al ir cayendo la rentabilidad del mercado de la marihuana, este fue sustituido por el de la cocaína. En 1979, la Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, dirigida por Ernesto Samper, organizó el Simposio «Marihuana: mito-realidad»; allí, Samper, quien tres lustros después sería presidente de Colombia, sugirió la legalización de la hierba; al hacerlo, Samper colocaba en la agenda política la figura del narcotraficante, quien en la siguiente década buscaría, encontraría y ocuparía su espacio político. Ese mismo año, el presidente Julio César Turbay Ayala (1978-1982), a través de su embajador en los Estados Unidos Virgilio Barco Vargas (1977-1980), negoció el tratado de extradición que fue firmado el 14 de septiembre de 1979 (Jiménez Gómez 58). El asesinato de Lara Bonilla en 1984 activó el uso de esa medida vigente desde un lustro antes. Sobre la extradición hubo un permanente debate durante la primera mitad de la década de 1980. Mientras el poder judicial estudiaba la viabilidad o no de enviar nacionales colombianos para ser juzgados por tribunales norteamericanos, y en ese proceso eran asesinados jueces y magistrados, el ejecutivo evitaba tomar alguna deci-

sión definitiva. Al final, la Corte decidió entregar la responsabilidad al Gobierno, que podía extraditar o no, sin pedir concepto a la Corte Suprema. Como hecho curioso, el primer extraditado no fue un narcotraficante, sino que un empresario. El 5 de enero de 1985 (Sáenz Rovner, *Conexión Colombia* 243) fue extraditado el dirigente deportivo Hernán Botero Moreno, acusado de lavado de dinero.

En febrero de 1979, Alberto Lleras Camargo publicó una columna de prensa en donde reaccionaba a un informe de la revista *Time*. Allí, el expresidente insinuaba con clarividencia que el Gobierno norteamericano quería encontrar, a largo plazo, un país que le sirviera como chivo expiatorio. En 1981 un comando del M-19 secuestró en Medellín a Marta Nieves Ochoa, hermana de unos importantes narcotraficantes. A raíz de ese hecho, un grupo de 230 narcotraficantes (Sáenz Rovner, *Conexión Colombia* 208) organizaron un grupo de autodefensa al que bautizaron MAS –Muerte a secuestradores–, que se replicó en otras regiones del país y que está relacionado con los orígenes del paramilitarismo en el Magdalena Medio, región ganadera y esmeraldífera, y en el Urabá antioqueño, un enclave bananero, desde cuyos puertos han salido por años cargamentos de cocaína. Durante el gobierno de Turbay, el narcotráfico se afianzó, «los capos estaban tranquilos y eran aceptados en el mundo de los negocios –y hasta en el social– en el país, a la vez que la violencia oficial aumentaba y consolidaba a las fuerzas estatales colombianas como una de las principales violadoras de derechos humanos en el continente» (218).

Para el siguiente cuatrienio la situación cambiaría un poco. «En lo urbano, los sicarios de Escobar y Gacha librarían una guerra demencial contra las autoridades del país. Mientras que en el campo se formaron los grupos paramilitares bajo el control y auspicio de terratenientes, políticos y del ejército, aunque rápidamente fueron cooptados por los narcotraficantes» (Duncan, 36). El procurador general de la nación entre 1982 y 1986 lo sintetiza así: «paramilitarismo es el nuevo nombre de la vieja violencia colombiana» (Jiménez Gómez 163). El narcotráfico alimenta la violencia paramilitar. El nexo entre paramilitarismo y narcotráfico puede remontarse a finales de la década de 1970; las estructuras armadas del narcotráfico son organizaciones conspicuas que terminan siendo aliadas –tarde o temprano, por obra u omisión, en todo o en parte– con las fuerzas armadas del Estado, incluso parte del armamento y algunas de las personas proceden de allí. Lo que al principio consiste en omitir acciones o advertir operativos a cambio de dinero se convierte en trueque permanente de favores: labores de seguridad o acciones efectivas de control sobre narcotraficantes rivales a cambio de acciones antisubversivas o prácticas de guerra sucia, como ocurriría con el exterminio, en la segunda mitad de la década de 1980, del partido político Unión Patriótica. La Ley 48 de 1968, o de Defensa Nacional, «faculta al Gobierno para usar a los civiles en actividades y trabajos que “contribuyan al restablecimiento de la normalidad”, y al Ministerio de Defensa “a amparar, cuando lo estime conveniente, armas [...] de uso privativo de las Fuerzas Armadas”» (Samper, 57); de esa forma, se daba vía libre para la asociación entre militares y civiles, y para que el Ejército vendiera legalmente armamento, munición y material de intendencia a grupos de autodefensa.

En junio de 1989 se derogó esa ley; Francisco Gutiérrez Sanín dice en el prólogo al libro *1989*, de María Elvira Samper, que «hubo un síndrome de “muy poco, muy tarde”. La ilegalización de los paramilitares llegó en 1989, cuando ya el fenómeno se había salido completamente de madre» (Samper 20). Tendrán que pasar varios años para que aparezcan novelas de ficción y no ficción sobre este periodo histórico. Una de ellas, *El olvido que seremos* (2005), de Héctor Abad Faciolince,, encarna, engloba y sintetiza el exterminio paramilitar de la Unión Patriótica. Poco antes de su asesinato (25 de agosto de 1987), el médico Héctor Abad Gómez había denunciado desde el Comité para la Defensa de los Derechos Humanos de Antioquia la violencia desde el Estado. Otra novela, *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011), de Daniel Ferreira, remite de forma indirecta a la masacre de la Rochela sucedida el 18 de enero de 1989.

De la delincuencia clandestina a la figuración pública

La pasta base de coca venía al comienzo de la región del Chapare en Bolivia. Los primeros traficantes se servían de flotas de aviones para llevarla hasta las selvas y los llanos del sur de Colombia, procesarla en laboratorios clandestinos y convertirla en cocaína, y de allí sacarla hacia los mercados de Europa y Estados Unidos. El general retirado Óscar Naranjo lo resume así en entrevista con María Elvira Samper: «[Pablo Escobar] hábilmente reconvierte la industria del tráfico y producción de marihuana y empieza a traer pasta base de coca desde Bolivia» (Samper 223). Todo se controlaba desde Medellín, en donde se aprovechaban las lealtades conseguidas en los barrios populares y el arrojo suicida de la gente joven de los sectores marginados. Al principio no hubo problemas, los narcotraficantes estaban vinculados a la esfera política del país y con su dinero de origen ilícito patrocinaban obras sociales. Allí donde no llegaba el Estado, al campo y a las barriadas, los narcotraficantes suplían cualquier necesidad, y terminaron siendo mitificados por las clases populares. Pero a principios de los años ochenta la situación estalló.

Desde 1978, Pablo Escobar, el principal narcotraficante del país, tenía una curul en la Cámara de Representantes. En 1981, en una purga que en su movimiento hiciera Luis Carlos Galán, el conductor del Nuevo Liberalismo, Escobar fue expulsado de sus filas. Un abogado cercano a Galán se convirtió en la primera víctima del narcotráfico; Rodrigo Lara Bonilla fue asesinado mientras era ministro de Justicia, el 30 de abril de 1984. Se trataba de la primera vez en mucho tiempo que un ministro del despacho era asesinado y fue quizá el primer magnicidio en Colombia desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Lara Bonilla, quien había secundado a Galán en las posiciones de ética y pulcritud del Nuevo Liberalismo, respalda junto al coronel Jaime Ramírez Gómez –asesinado el 17 de noviembre de 1986– una feroz ofensiva en contra de laboratorios, pistas y aeronaves. Por ejemplo, el 5 de marzo de 1984 –menos de dos meses antes del asesinato del ministro– un operativo había tomado el complejo de Tranquilandia, en donde se habían decomisado varias toneladas de cocaína lista para exportación, así

como aeronaves y armas. Sobre los narcotraficantes propietarios del complejo industrial no hubo capturas, pero sí se sospechaba quiénes eran, se revelaron varios nombres y todos los mencionados se escondieron, unos se fueron para Panamá, otros entraron a la clandestinidad y por lo tanto se incriminaron; eran los mismos sujetos que nunca quisieron ser extraditados.

El narcotráfico compró cuerpos y conciencias, en los niveles local, regional y nacional; lo hizo con congresistas, concejales/as, alcaldes/as, jueces/zas, sacerdotes y militares; muchos y muchas profesionales colombianos hicieron parte de esta corrupción –abogados/as, arquitectos/as, dueños/as de casas de cambio, marchantes de arte, vendedores/as de carros de lujo–; también las y los jóvenes de los barrios populares, que en Medellín se denominan comunas, y que son como las *favelas* de Río de Janeiro o las Villas Miseria de Buenos Aires, que vieron en el sicariato ora el rebusque, ora la posibilidad de conseguir dinero con facilidad. Las y los jóvenes de las comunas, sin esperanzas de educación ni trabajo, con problemas económicos y familiares, fueron actores que se convirtieron en presa fácil de los narcotraficantes, incorporados como sus soldados y escuderos, y como consumidores de drogas. Para esa juventud la muerte no era algo que ocurría como consecuencia de una vida de trabajo y una vejez tranquila. Para los y las jóvenes de las comunas de Medellín la vida era cosa efímera. La muerte violenta se convirtió en asunto colombiano y se impuso la divisa de No Futuro.

Durante esa época no hay ejemplos significativos de narraciones de ficción sobre el tema, lo que puede deberse a una entre dos posibilidades: o es un tema aún muy prematuro para consolidarse en el universo creativo de las y los escritores o el miedo a los grandes capos impide esa consolidación. Sin embargo, parte de esa problemática se menciona en un libro de no ficción: *No nacimos pa' semilla* (1990), de Alonso Salazar, que es escrito –una vez más– desde la provincia y no desde el centro del país. Este es un texto que ahonda en el ámbito personal, cultural y social de las y los delincuentes juveniles en las comunas populares de Medellín. Recoge testimonios de jóvenes sicarios y de un sacerdote, así como minuciosas descripciones de sus anécdotas criminales y familiares. El estilo indirecto libre del relato logra evidenciar que las y los victimarios son a la vez víctimas, y le otorga voz a jóvenes que solo han podido hablar a través de las armas. Pese a la calidad del material, y a su carácter pionero, el libro es muy tímido a la hora de señalar la altísima responsabilidad que le corresponde a la creciente actividad del narcotráfico en la ciudad. El texto de Salazar inscribe la violencia de las bandas juveniles en un contexto más amplio que el narcotráfico: a la violencia que atraviesa la historia y la sociedad colombiana. Para críticos/as como Carlos A. Jáuregui y Juana Suárez, el texto se convierte en «una antropología evangélica que encuentra las causas de la descomposición social que produce la violencia en el desarraigo familiar y social, las desigualdades económicas y la pérdida de valores trascendentales» (384). Ambos sostienen que ofrece una mirada «pía y redentora» a esta juventud considerada desechable por la sociedad, en contraste con la aproximación más cruda que hace de esta cultura

juvenil el director Víctor Gaviria, en su película *Rodrigo D. No Futuro* el mismo año.

El oropel de los carteles

Los primeros narcotraficantes visibilizados por las autoridades como consecuencia del asesinato de Lara Bonilla fueron Pablo Escobar, Jorge Luis Ochoa, Gonzalo Rodríguez Gacha y Carlos Ledher; ellos tenían cuarteles en Medellín, Bogotá y Armenia, aunque en general, preferían asentarse en áreas rurales. De forma simultánea, en Cali, la tercera ciudad del país, se dio el ascenso económico, financiero, empresarial, comercial y criminal de los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, quienes consolidaron su propio grupo, al que se denominó Cartel de Cali. Entre los traficantes de Medellín y Cali hubo diferencias regionales y de estilo; mientras los primeros eran más ostentosos, los segundos eran más discretos. Sin embargo, rivalidades asociadas al delito, pero en especial «una cumbre en Palmira (Valle del Cauca) el 20 de noviembre de 1987» (Duncan 254), en la que Escobar propuso unificar el negocio bajo su control, los llevaron a una guerra sanguinaria. Paralelo al enfrentamiento con sus competidores de Cali, Escobar asumió una guerra en contra del Estado mediante «una campaña sistemática de intimidaciones y asesinatos de jueces, periodistas, líderes políticos y miembros de la Fuerza Pública» (González González 397).

Mediante algunas medidas, el Gobierno colombiano intentó hacer frente al narcotráfico. En lo rural se concentró en los cultivos: «como parte del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), desde 1987 el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990) había comenzado un ambicioso plan de sustitución de cultivos de coca en la región del Ariari (Meta), destinado a neutralizar la estrecha relación con la población rural que la guerrilla mantenía a través del control de la economía coquera» (González González 395). En la ciudad, el Gobierno hizo frente a la arremetida de Escobar mediante el diseño de la justicia sin rostro –para prevenir el asesinato de jueces– y la inclusión de efectivos del Ejército para enfrentarlo –y así colaborar con la policía–. Mientras en Europa caía el muro de Berlín y en todo el mundo la Guerra Fría llegaba a su fin, en Colombia el gobierno de Barco negociaba un acuerdo de paz con la guerrilla del M-19. El 18 de agosto de 1989 fue asesinado Luis Carlos Galán, candidato presidencial por el Partido Liberal y el más opcionado a obtener el triunfo. Este crimen «llevó a Barco a comprometerse en una ofensiva general contra el Cartel de Medellín» (González González 396).

En vísperas de las elecciones presidenciales ocurrieron varios eventos que protagonizó el narcotráfico. El magnicidio de Galán en 1989 precipitó el comienzo del final del cartel de Medellín: a finales de ese año se da de baja a Gonzalo Rodríguez Gacha, y para Pablo Escobar la posibilidad de no ser extraditado se volvió casi que un capricho en el que invertiría tiempo y recursos para salirse con la suya. Desde otro frente, que también convino al narcotráfico, se convocó a una Asamblea Nacional Constituyente de la que saldría la Constitución de 1991. Desde 1984 los narcotrafi-

cantes habían intentado figurar como alzados en armas o delincuentes políticos, y buscaban el mismo tratamiento que se ofrecía a los guerrilleros, pero sus deseos se habían visto frustrados. Con los secuestros de miembros de las élites políticas del país –Diana Turbay, hija del expresidente, y Francisco Santos, uno de los dueños del diario *El Tiempo*, entre otros–, Escobar presionó al Gobierno, a las y los constituyentes y a la opinión pública para crear un clima favorable a la no extradición. Estos hechos fueron relatados por el premio nobel Gabriel García Márquez en *Noticia de un secuestro* (1996). Escobar obtuvo lo que quería; se entregó a la justicia y fue encarado, con sus secuaces y lugartenientes, en una cárcel hecha a su medida. La prisión le garantizó no solo la seguridad de no ser extraditado, sino que lo protegió de sus enemigos de Cali y le permitió seguir delinquiendo. Ante esa situación, el Gobierno decidió trasladarlo de cárcel, pero justo antes Escobar se fugó; había permanecido preso poco más de un año –entre junio de 1991 y julio de 1992– y se mantuvo prófugo hasta diciembre de 1993, cuando fue dado de baja. La búsqueda, captura y muerte de Pablo Escobar fue un esfuerzo mancomunado del Bloque de Búsqueda, un cuerpo élite conformado por efectivos de la policía y del ejército colombiano, y de agentes estadounidenses. Los nuevos narcotraficantes disimularon su presencia pública una vez muerto Escobar; en los años siguientes aparecieron algunas de las principales narrativas sobre el narcotráfico de la literatura colombiana: *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo y *Noticia de un secuestro* (1996) de Gabriel García Márquez. Tres relatos que venían construyendo sus autores y que fueron publicados casi simultáneamente por casualidad o como el resultado de la liberación de autocensuras y miedos tras la muerte del más mediático de los narcotraficantes.

Con *Noticia de un secuestro* estamos frente a lo que el crítico Hermann Herlinghaus definió como un nuevo espacio epistemológico y afectivo. Para él las narconarrativas del hemisferio sur (México, Colombia y Bolivia) crean esos nuevos espacios: «we are dealing with new spaces of self-consciousness and with narrative and imaginary formations of surprising affective as well as epistemic force» (29). *Noticia de un secuestro* experimenta con nuevas formas culturales y apuestas estéticas. El tono periodístico y la calidad de García Márquez para abordar el tema de las y los secuestrados del narcotráfico hace que la novela transforme la sensibilidad del público lector y que se les otorgue a los personajes características de héroes de ficción a la manera de una narco-épica. En esta narconarrativa el protagonismo lo tienen las víctimas y, sobre todo, el hombre que lideró las negociaciones por la búsqueda de la libertad de su esposa; la figura de Pablo Escobar quiere ser dejada al margen, como lo demuestra la carta en la que la agencia literaria de Carmen Balcells le pide al editor de la traducción al inglés, el señor Ashbel Green, que retire toda mención o fotografía alusiva al delincuente de la carátula del texto: «Thank you for your letter of 5 March 1997 and the jacket sketch for *Noticia de un secuestro*. However, I would like to point out that it must not include any mention of Pablo Escobar, so it would be better to take a totally different approach». Este interés

en las víctimas por encima de la figura de un capo y la unión entre un lenguaje periodístico y literario en la construcción argumental demuestra la importancia formal y estética de esta novela híbrida.

La escritura y el narcotráfico

La muerte de Pablo Escobar supuso la eclosión de nuevas narconarrativas. *La Virgen de los sicarios* (1994) relata la historia de un gramático viejo que vuelve a la ciudad de Medellín y vive dos relaciones sentimentales con sendos jóvenes sicarios. La novela explora el papel de los intelectuales frente al fenómeno del narcotráfico en Colombia. El universo letrado del narrador se ve contaminado por el campo lingüístico de los sicarios y su escritura empieza a alimentarse de la jerga de la juventud. Vallejo logra con la apropiación literaria del «parlache»¹ la desmitificación de una sociedad letrada y conservadora frente a la crisis neoliberal del comercio de las drogas. El autor ilustra la lucha entre diferentes ideologías con el contrapunto entre sus dos protagonistas: Fernando, el narrador, añora la tranquilidad del pasado representada en la finca familiar de Santa Anita, mientras que Alexis vive en la realidad caótica y violenta de la ciudad globalizada. La novela permite comprobar, una vez más, la relación ambivalente que las y los intelectuales han tenido con la sociedad colombiana; en *La ciudad letrada*, Ángel Rama apuntó que la historia de Latinoamérica se ha caracterizado por el papel que los letrados han tenido en la organización de los discursos nacionales. En *Cuando llovió dinero en Macondo: literatura y narcotráfico en Colombia y México* se señaló que a finales del siglo xx «los intereses transnacionales y el desplazamiento de las producciones culturales han modificado la figura tradicional del letrado» (80) por uno nuevo que se posiciona en un mundo neoliberal. Fernando se convierte así en el lector de la contaminación y los cambios que trajo el narcotráfico a su ciudad natal, «oponiendo el pasado idílico de Medellín con el caos actual de una ciudad llena de ruido, punk y programas de televisión» (81). La cantidad de lecturas y estudios académicos a casi tres décadas de su publicación demuestran un interés que no decrece en torno a la primera narconarrativa que se editó después de la muerte de Pablo Escobar.

Cartas cruzadas (1995), de Darío Jaramillo Agudelo, relata la transformación de un profesor de literatura en narcotraficante y el cambio de valores de una pareja de enamorados en los años ochenta. El género epistolar permite rastrear las reacciones emocionales y afectivas frente a los cambios económicos que trae el narcotráfico a Medellín. En la correspondencia entre sus protagonistas, Raquel y Luis, el amor es sacrificado por el dinero fácil. La novela utiliza la nueva estructura de sentimiento que trajo el comercio de las drogas para abordar, por una parte, su inquietante efecto en

1 El parlache es una jerga que se desarrolló en los sectores populares y marginados de Medellín, y que se ha extendido a otros sectores sociales y regiones del país.

un grupo de jóvenes, y por otra, las implicaciones éticas de una sociedad que ofreció un guiño cómplice al poder de los mafiosos. La novela utiliza la figura del letrado para analizar una generación histórica que sucumbió al dinero del narcotráfico. El contraste que logra entre la narcocultura y sus prácticas en el país y las emociones que este enquistamiento produce en un grupo de amigos permite leer esta novela desde diversas teorías y reflexiones que tienen al afecto como objeto de investigación, por ejemplo, Britta Tim Knudsen y Stage Carsten.

Noticia de un secuestro (1996), de Gabriel García Márquez, relata el secuestro masivo de personajes públicos que ejecutó Pablo Escobar con el objetivo de presionar al Estado para evitar ser extraditado a los Estados Unidos. García Márquez desde el comienzo confiesa que fueron Maruja Pachón y Alberto Villamizar quienes le «propusieron en octubre de 1993 que escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro» (7), lo que lo motivó a la investigación y a una escritura que mezcla técnicas de reportaje, testimonio y ficción. El libro participa de las distintas negociaciones políticas que terminan con el triunfo de Escobar al presionar al Gobierno colombiano para prohibir la extradición –una concesión que recibió el apoyo de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991– y coordinar su propia entrega al Gobierno. El libro reúne así el ajedrez político que existió entre el Gobierno y los autodenominados «Extraditables» para facilitar el sometimiento de los capos de la droga. Este texto hace parte de una tradición de narconarrativas de tipo testimonial que se han publicado en los últimos treinta años en Colombia. Una tradición que comienza con la radiografía de las bandas juveniles en el Medellín de *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar, pasa por los testimonios de los secuestrados del narcotráfico: *Una historia que no fue contada* (1992) de Azucena Liévano, *Secuestrados: la historia por dentro* (1996) de Juan Vitta, y termina en toda una serie de productos editoriales –más hagiográficos que críticos– acerca de la figura de Pablo Escobar escritos por sus parientes (el hermano, la hermana, la esposa o el hijo) y otros personajes de su entorno (la amante o su jefe de sicarios).

Esta tradición de exponer las vidas públicas y privadas desemboca, en su línea más interesante, hacia el testimonio de las personas adictas a las drogas en un libro de no ficción como *La verdad sin calzones: crónica de los submundos* (2008), de Juan Guillermo Valderrama Santamaría, o en la novela *Fondoblanco* (2008), de Alejandro Arciniegas Alzate. Entre las voces de las y los jóvenes delincuentes –que hizo Salazar en 1990–, los testimonios del drama de las y los secuestrados y la voz del adicto al bazuco –según Valderrama Santamaría en 2008–, las víctimas menos conspicuas toman la vocería de su drama. La lógica del capitalismo tambalea; mientras las industrias culturales crecen con las narcoseries, los libros de coyuntura y el mercadeo de productos sobre los narcotraficantes, las narrativas de las víctimas dejan de permanecer en los márgenes.

A finales del siglo xx nuevos textos señalan el alcance e influencia del narcotráfico en la sociedad colombiana, a la vez que experimentan un gran éxito comercial. *Rosario Tijeras* (1999), de Jorge Franco, evalúa la violencia masculina del narcotráfico con una joven sicaria que mantiene una relación sentimental con dos jóvenes de la clase alta de

Medellín. La sicaria de Franco se aleja de las convenciones de la narconarrativa y señala la emergencia de personajes que subvierten los roles de género. El texto da entrada a una serie de personajes femeninos que reaccionan frente a la hipermasculinidad que caracteriza el mundo del narcotráfico. Con el personaje de Rosario, se logra lo que Aldona Bialowas Pobutsky llama «an ideological amalgamation of femme fatale, action-babe, and Colombian girl-next-door». Rosario encarna las diferentes dinámicas del narcotráfico y el consumo en la sociedad de Medellín, y se convierte, en palabras de la crítica, en un híbrido transcultural: «As a Latin American heroine, Rosario Tijeras is a transcultural hybrid projected on the collective and social level, responding through her physique and attitude to what Néstor García Canclini sees as “the growing interaction between the cultured, the popular, and the massive”» (271). *Rosario Tijeras* participa así de las negociaciones que existen entre los nuevos personajes del narco y su inscripción en las industrias culturales.

La novela que comienza el nuevo milenio es *Hijos de la nieve* (2000), de José Libardo Porras, que se enfoca en la cultura del dinero fácil. Capeto es un joven de clase media que sucumbe al espejismo del dinero e involucra a su núcleo familiar. La gradual disolución de la familia González representa la crisis de valores que trajo el dinero de las drogas y su efecto en la manera en que las y los jóvenes perciben valores tradicionales como el trabajo, el ahorro y el estudio. *Hijos de la nieve* es la narconarrativa del desencanto frente al dinero «maldito» del tráfico. De nada le sirvió al personaje principal mejorar las condiciones económicas de su familia si para lograrlo tuvo que sacrificar su tranquilidad y libertad. Al final, con una serie de monólogos desde la cárcel, el protagonista se arrepiente de haber desperdiciado su juventud persiguiendo el ideal del éxito «instantáneo» del narcotráfico. Porras nos acerca a los diferentes discursos del narco mediante lo que Mijail Bakhtin –en *Dialogic Imagination*– denominó heteroglosia social. Esta unión de voces permite una multiplicidad oral entre los miembros de una familia con distintas percepciones y emociones frente a la sociedad del narcotráfico. Cada personaje es interpelado por la movilidad social del hijo mayor, convirtiendo el dinero y el consumo de mercancías, el capitalismo puro y duro, en la ideología de todos los personajes del texto.

Delirio (2004), de Laura Restrepo, es el texto que mejor ilustra los diferentes desplazamientos de la ciudad tradicional frente a la ciudad de los narcotraficantes. En la novela un profesor de literatura investiga las últimas 48 horas de su esposa, víctima de la locura. Restrepo utiliza varias voces narrativas para indagar en el pasado y presente de la oligarquía colombiana, y en la serie de mentiras y disfraces que esa clase utiliza para sostener su posición y poder social. En la novela aparece Midas, quien, desde el juego de palabras de su nombre, comprende desde muy joven que la sociedad mide a las personas por su poder adquisitivo. La entrada al narcotráfico le permite a este joven comprobar su teoría de que en Colombia todo se reduce a una «cuestión de empaque». En *Delirio*, Restrepo toca muchas de las fisuras sociales que fueron aprovechadas por los mafiosos y sus «montañas de dinero». El clasismo y la división social tradicional chocan con el poder adquisitivo y la movilidad acelerada de los nuevos ricos del narco-

tráfico. La autoría femenina se sostiene por medio de un vocabulario afectivo –trauma, delirio, melancolía– que ofrece una nueva relación entre las experiencias negativas de una mujer y la emergencia de una «comunidad afectiva» que reacciona frente al poder corruptor del tráfico de drogas (Massumi; Bal).

Los nuevos acomodamientos de la droga

Las elecciones presidenciales de 1994, las primeras desde la muerte de Pablo Escobar, enfrentaron al candidato liberal Ernesto Samper Pizano y al conservador Andrés Pastrana Arango. Pastrana presentó a la opinión pública, minutos después de su derrota, una grabación mediante la cual se podía suponer la financiación del narcotráfico a la campaña liberal. Parte del equipo de colaboradores de Samper –Santiago Medina y Fernando Botero Zea– fue juzgado y estuvo en prisión. Incluso declararon en contra del presidente, que fue absuelto por la comisión de acusaciones de la Cámara de Representantes. Con el tiempo los indicios del delito aumentaron; Samper salió indemne ante la ausencia de una prueba reina, pero su gobernabilidad sí se sintió. Según Fernán González González, «tales denuncias obligaron al gobierno Samper a endurecer su posición frente al narcotráfico, en un intento de mejorar su imagen ante la opinión pública nacional e internacional» (421).

Los líderes del narcotráfico de Cali quisieron imitar a los de Medellín y convertirse en sujetos políticos. Para tal efecto contribuyeron con la financiación de la campaña presidencial de Ernesto Samper, quien sería elegido en 1994. Pero esa exposición pública los perjudicó –como le sucedió a Escobar– y durante el gobierno de Samper fueron capturados y encarcelados. Con la muerte de Escobar, y la captura y prisión de los Rodríguez Orejuela, el mercado colombiano rompió el nexo con Perú y Bolivia como proveedores de pasta base y se empezó a sembrar coca en Colombia, si bien al menos desde 1985 había cultivos y laboratorios en el Magdalena Medio: Puerto Parra en Santander (Samper 56) y en zonas de influencia esmeraldífera: Paima en Cundinamarca (Samper 67). Según Gustavo Duncan, «el éxito de la erradicación de cultivos de coca en Bolivia y Perú y la producción de variedades de hojas de coca óptimas para las condiciones de los bosques tropicales de Colombia, hizo que el país se convirtiera en el principal productor mundial» (331). Otras condiciones favorecieron esa situación: la cercanía de las selvas colombianas a las costas de los océanos, lo que permite economizar costos de transporte, de la materia prima refinada, y embarque marítimo. La coca es un producto muy rentable para la endeble economía campesina: aporta mejores ingresos que cualquier otro cultivo, no hay que pagar transporte para llevarla a vender, puesto que quienes compran van al lugar donde quienes siembran recogen su cosecha, lo que evita intermediarios; la mano de obra de las y los campesinos cocaleros está por fuera de la economía institucional, es un cultivo que produce márgenes de ganancia por encima de cualquier otro producto agrícola y, por lo tanto, los pauperizados campesinos asumen los riesgos de su cultivo.

Los cultivos de coca aumentan en Colombia y los narcotraficantes mexicanos comienzan a introducir y distribuir la droga en los Estados Unidos. Los grupos remanentes se vuelven a acomodar con el final de los grandes capos, muertos o capturados. Se establecen nexos con otros mercados, por ejemplo con Europa del Este, y se abren nuevas rutas por el océano Pacífico. El crimen organizado se reorganiza. Hay cambios en el perfil de los capos –más discretos, mejor educados–, en el negocio –empresas de menor tamaño– y en la exportación –diversificación de rutas, cantidades menores y rotación más acelerada–. Pasados los años de esplendor de los grandes capos, en Medellín, nuevos ejércitos de muchachos engrosaron las milicias populares cuyo objetivo fue «limpiar» las comunas de sicarios, drogadictos y asesinos.

En el siglo XXI, Colombia sigue siendo un lugar ideal para el tráfico de drogas, a sus condiciones geográficas favorables se suma el entorno tradicional cultural que se presta para el contrabando y la corrupción, la baja densidad en algunas de sus regiones, su posición geoespacial y la ausencia de control de las autoridades sobre las extensas costas. Para este tiempo, la extradición ya no vuelve a ser la obsesión de los narcotraficantes; aquella famosa frase de «preferimos una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos» queda en el olvido. Así lo comenta Enrique Santos Calderón:

la ironía es que hoy en día, después de tantas muertes, el asunto es al revés: muchos capos prefieren someterse en Estados Unidos, negociar sus penas con la justicia estadounidense, entregar parte de sus fortunas y quedar libres a los pocos años, como ha ocurrido en tantos casos. Mejor dicho, prefieren una cárcel en Estados Unidos a una tumba en Colombia. Y aquí nos quedamos sin la plata que entregan y sin saber lo que confiesan por allá. Y ellos de nuevo en el país, disfrutando de lo que les quedó o cobrando cuentas, lo que se ha convertido en nuevo factor de violencia (128).

La narconarrativa hace eco del cambio de valores en la sociedad colombiana y de su inscripción en el mercado global. *Sin tetas no hay paraíso* (2005) explora el tema de las chicas «prepagas» en Colombia y el nuevo ideal estético de las jóvenes que quieren ser amantes de los mafiosos. La novela cuenta la historia de Catalina, una joven por la que los traquetos muestran poco interés debido a sus senos pequeños. Cuando es rechazada por un joven mafioso, Catalina promete ponerse unas «tetas talla 38» y no descansar hasta conseguirlo. Al final de la novela, Catalina logra operarse, pero en el proceso pierde a su novio y a su familia. El texto identifica el cuerpo femenino como el más importante objeto de consumo en la sociedad del narcotráfico. En la acumulación capitalista que caracteriza esta nueva sociedad el cuerpo de sus protagonistas es visto por los mafiosos como símbolo fetichista y objeto de consumo. El crítico Jean Baudrillard señala –en *Consumer Society*– las relaciones que establecen los diferentes sistemas culturales frente al cuerpo: «In any culture whatsoever, the mode of organization of the relation to the body reflects the mode of organization of the relation to things and of social relations» (129). La omnipresencia del cuerpo femenino transformado

se convertirá en la mercancía más sofisticada de consumo y en símbolo de estatus. En palabras de un reputado historiador: «el cuidado del cuerpo, mezclado con los nuevos gustos, influidos por el auge del narcotráfico, ha traído la generalización de las operaciones de cirugía estética, que producen una belleza instantánea y demuestran, además, la riqueza de la familia» (Melo 288).

El texto de Gustavo Bolívar se ha convertido en el principal *bestseller* de la narconarrativa colombiana, a pesar de las críticas que recibió –por parte de colegas como Héctor Abad Faciolince y Óscar Collazos– por explotar y hacer comercio con el tema de las mujeres «trofeo» de los narcotraficantes. El éxito comercial de las adaptaciones televisivas de *Sin tetas no hay paraíso* y *Rosario Tijeras* validan la realización masiva de narconarrativas audiovisuales que compiten por una audiencia obsesionada por el tema y sus distintos simulacros. Películas globales como *Escobar: Paradise Lost* (2014) y *Loving Pablo* (2017) alimentan las distintas versiones sobre la figura de Pablo Escobar, interpretada por actores internacionales como Javier Bardem y Benicio del Toro. *Loving Pablo* privilegia el papel que tiene Virginia Vallejo en la conversión de Escobar en una figura pública, mientras que *Paradise Lost* identifica su transformación violenta bajo la fachada de caudillo y benefactor popular.

El fenómeno del narcotráfico permea lo cultural y modifica la forma en que la sociedad se entretiene. La narconarrativa se populariza a través de novelas –buenas y malas–, series de televisión y películas de largometraje, y capta su público entre masas de espectadores y espectadoras equivalentes a las que en décadas pasadas consumían foto, radio y telenovelas. El fenómeno no ha sido ajeno a un show que tiende a mediatizar a cierto tipo de delincuentes. Algunas narrativas –sobre todo las más comerciales– mitifican de forma involuntaria a las figuras del narcotráfico, contribuyendo a la crisis de valores que el propio mal engendró. Una serie reciente como *Escobar, el patrón del mal* (2012) sirve como publicidad gratuita al mundo del narcotráfico y otorga importancia –sin el debido contexto– a una de las figuras más negativas en la historia de Colombia; televisión privada, al fin y al cabo.

El paramilitarismo

En 1994, durante la presidencia de César Gaviria, y mientras era ministro de Defensa Rafael Pardo Rueda, se aprobó la creación de unas cooperativas de seguridad rural a las que se les llamó Convivir, y que eran en la práctica el renacer de la Ley 48 de 1968. Pretendían ser una respuesta preventiva, organizada y armada de parte de los terratenientes, ganaderos, bananeros, palmicultores y otros empresarios rurales ante los secuestros y otras formas de inseguridad regional debido a la presencia de la guerrilla; fueron implementadas en 1995 en el Urabá antioqueño por Álvaro Uribe Vélez, entonces gobernador de Antioquia (1995-1997), durante la presidencia de Ernesto Samper Pizano (1994-1998); unos dos años después, por múltiples razones, fueron

desmontadas. Es claro que esas estructuras legales de autodefensa rural legitiman y fortalecen el paramilitarismo que venía desarrollándose en la zona del Urabá desde principios de la década de 1980, y que derivan una década más adelante en las Auto-defensas Campesinas de Córdoba y Urabá –ACCU– (1994-1996) y de forma consolidada a nivel nacional como las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC– (1997). El paramilitarismo tuvo su origen y se consolidó en zonas con cierta tecnificación agropecuaria y agroindustrial, en donde los grupos guerrilleros quisieron ampliar su número de frentes respondiendo a un proyecto de expansión militar, y en donde se dedicaron a secuestrar y a extorsionar comerciantes, latifundistas y ganaderos. El crecimiento de la insurgencia en esas nuevas regiones, la zona del Magdalena Medio o el Urabá antioqueño, por ejemplo, tuvo como reacción la incubación, el nacimiento y el crecimiento de los grupos de autodefensa y de los ejércitos de paramilitares. En palabras de Duncan, «la historia seguiría su curso violento y los narcotraficantes como figura hegemónica en el mundo criminal serían superados por los ejércitos paramilitares que ellos mismos ayudaron a crear» (132).

Al final de los años noventa, con el denominado Plan Colombia, las ayudas militares norteamericanas al país mezclaron los aportes para la lucha contra el tráfico de drogas con los aportes para el combate contrainsurgente. Esa fusión comenzó durante la presidencia de Andrés Pastrana (1998-2002), quien «vinculó su tema prioritario –la negociación con las FARC– con la preocupación central de Estados Unidos, la lucha contra las drogas» (Pardo 123), y se incrementó durante la de Álvaro Uribe (2002-2010) mediante la construcción de una narrativa en torno a la lucha imperial de los Estados Unidos contra el terrorismo, luego del atentado contra las Torres Gemelas en 2001, y como un remanente extemporáneo de la Guerra Fría y las batallas reales e imaginarias en contra del comunismo. El Ejército baja la guardia frente al narcotráfico –lo que fortalece esa estructura criminal–, y concentra sus recursos económicos y militares en hacer frente a la subversión; sin embargo, el excesivo número de ejecuciones extrajudiciales –conocidas como falsos positivos– indican que aquella postura firme del Ejército frente a la guerrilla, en algún momento, cesó por resultados o negligencia. Y los grupos paramilitares salieron fortalecidos, el Ejército cedió en parte el monopolio estatal de la violencia y permitió el crecimiento de las autodefensas por su vocación contrainsurgente, pero no calculó el tamaño al que podían llegar ni cuantificó su potencial poderío ulterior. Una vez hechas las alianzas originales entre el Ejército y el paramilitarismo no era posible desmarcarse ni era tan fácil empezar a combatirlo sin resultar salpicados. Las estructuras de autodefensa y paramilitares son contrainsurgentes y antisubversivas antes de ser narcotraficantes. Con el tiempo, las y los paramilitares ingresaron al negocio de las drogas y terminaron controlándolo. Entre 1998 y 2002, los paramilitares atacaron regiones que eran campo exclusivo de las guerrillas, con el propósito de «hacerse al control de la cadena productiva de las economías regionales de la coca en el sur del país» (González González 444).

La voz de las víctimas

Algunos ejemplos literarios colombianos relacionados, de forma directa o indirecta, con el paramilitarismo son: *Angosta* (2004) y *El olvido que seremos* (2006), de Héctor Abad Faciolince, y *La balada de los bandoleros baladíes* (2011) y *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011), de Daniel Ferreira. A partir del siglo XXI, como consecuencia del agotamiento de la perspectiva tradicional sobre el narcotráfico, los relatos han cambiado y ahora están asociados a la voz de las víctimas. *El olvido que seremos* es el libro más importante y reconocido de ese grupo, por el prestigio del autor y la calidad humana del personaje símbolo de las víctimas del paramilitarismo en Colombia. El texto de Héctor Abad Faciolince trata de la vida y obra de su padre, el médico Héctor Abad Gómez (1921-1987). La novela está narrada en primera persona por su protagonista, un hombre burgués de unos 50 años, desde un presente 20 años posterior al asesinato del padre. La familia es víctima, pero no hay odio ni deseo de venganza. Así lo dice el narrador, «contra los asesinos, me lo prometo, toda mi vida, voy a mantener la calma» (245). En este texto híbrido hay nostalgia –se celebra el legado del padre–, confesión –se cuentan diversos secretos de familia– y recuperación de la memoria, ya que el texto funciona como reconciliación frente al acto violento. El acto de recordar está presente como ejercicio de resistencia frente a la muerte y la fragilidad de la vida. Kristine Vanden Berghé, en «Escritura seca, lectores bañados en lágrimas: una lectura en clave emocional de *El olvido que seremos*», destaca la identificación que logra la novela con las y los lectores: «Es tal el grado de introspección en la vida íntima de la familia Abad en *El olvido que seremos* que, además de contribuir masivamente a la identificación empática, en ocasiones nos hace sentirnos un poco *voyeurs*» (203). En su artículo se contrasta esta identificación emocional que tienen la mayoría de las y los lectores con la familia Abad Faciolince y la escritura racional y despojada de toda emoción que busca su autor; un contraste que señala las relaciones productivas que establece el texto con las emociones y su intención autoral.

La novela *Viaje al interior de una gota de sangre* de Ferreira es ficción, aunque sus anécdotas están inspiradas en eventos de la realidad –la masacre de La Rochela, el asesinato del sacerdote Sergio Restrepo Jaramillo, el paramilitarismo en el Magdalena Medio, entre otros–. El relato se concentra en las víctimas, en los traumas de los personajes principales: en el narrador que recuerda su infancia y los hechos de la masacre en su pueblo muchos años después; en la joven Irigna, quien termina ejerciendo una especie de prostitución; y en el profesor, quien acaba alcoholizado. Su título se ajusta a la experiencia de escritura, a la exploración de las causas de una violencia a través de la historia de un sobreviviente que mira de frente al horror. Entre el movimiento que genera el acto destructivo de sus primeras páginas y el proceso siguiente de reconstruir las historias de las víctimas de la masacre está el impulso vital del texto de Ferreira. Su gran conquista es saber cómo narrar el horror de los muertos sin ser amarillista y cómo contar la historia de la violencia que ha caracterizado a Colombia sin esquivar el terror. Las novelas de Ferreira luchan por reivindicar la memoria y visibilizar a las víctimas.

En *Horrorism*, Adriana Cavarero afirma que la figura que encarna el horror en la mitología griega es la *medusa*, ya que alude a una violencia que se ensaña con el cuerpo, que no solo quita la vida, sino que rompe su unidad: «it alludes to a violence that, tearing furiously at the body, works not simply to take away its life but to undo its figural unity, to wound and dismember it, to detach its head» (15). *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011) redefine la conexión entre violencia y literatura en el campo cultural colombiano y explora una nueva política de narrar las heridas de la guerra. Ferreira entronca una serie de textos clásicos que han descrito el horror de la violencia partidista entre liberales y conservadores de las décadas del cincuenta y sesenta con su novela sobre el paramilitarismo de los años noventa. Ferreira está interesado en mostrar la verdad sobre el conflicto colombiano y para él esto incluye mirar de frente a la violencia y sus consecuencias en el país. En esta novela la violencia es expuesta y explícita, y esa decisión del autor tiene razones éticas y políticas. Ferreira no convierte la violencia colombiana en una fuente de placer «voyeurista». Más bien, sus descripciones de la violencia confrontan al público lector con las historias de las víctimas e impulsan un deseo de saber más sobre sus historias de vida. A esa nueva perspectiva, en donde las víctimas ganan autonomía y adquieren voz y visibilidad, pertenece *La verdad sin calzones. Mi vida en los submundos* (2008), de Juan Guillermo Valderrama Santamaría, un libro de tono autobiográfico en donde un adicto al bazuco comparte su experiencia vital; los hechos ocurren en Medellín y el testimonio del adicto es la contracara de los efectos del tráfico de drogas en la región de los principales narcotraficantes.

Otro ejemplo útil en la reconfiguración de la narconarrativa es *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez. La novela comienza cuando el narrador conoce la noticia de la cacería de un hipopótamo en el Magdalena Medio. Este evento se convierte en el detonante para que una víctima de un atentado haga un ejercicio de reconstrucción de memoria. En la novela, pese a que hay un tratamiento del sicariato y el narcoterrorismo –los magnicidios y atentados de finales de la década de 1980–, lo más importante es valorar las historias de las víctimas. Yammara y Maya visitan las ruinas de la Hacienda Nápoles como el punto central de una lucha en la memoria y donde se congregan las ansiedades, miedos y recuerdos de una generación de colombianos. Las ruinas de la hacienda Nápoles permiten a los personajes conectar el pasado, el presente y el futuro de la sociedad colombiana a la vez que demuestran la negociación que existe entre las y los ciudadanos del país con su pasado histórico. Las ruinas crean en los personajes una mezcla activa entre curiosidad y fascinación. Antonio y Maya experimentan los distintos niveles que subyacen a las ruinas a la manera de Walter Benjamin en su texto *Excavation and Memory*. Para Benjamin las ruinas son sitios de excavación y memoria que trascienden su lugar en el espacio. El colapso del exterior de la hacienda y el tiempo detenido que los personajes experimentan en el interior simbolizan los procesos de reconstrucción y memoria en la sociedad colombiana. Visitar las ruinas de la hacienda es estar frente a un espectáculo de degradación natural y destrucción humana, y es estar en una zona de intersección que invita tanto a una fuga hacia el futuro como a un retorno al pasado.

El cielo a tiros (2018), de Jorge Franco, explora la segunda generación del narcotráfico con la historia del hijo de un antiguo mafioso que debe identificar los restos de su padre. La noticia del hallazgo impulsa al personaje principal a regresar a casa y enfrentarse con los fantasmas del pasado en Medellín. Franco utiliza el reencuentro con el pasado familiar y la ciudad como el escenario perfecto para preguntarse sobre el futuro de una sociedad que se debate entre la memoria y el olvido. El personaje reconoce el proceso de reflexión y duelo que impulsa su regreso: «A esto fue a lo que volví... a recoger un reguero de huesos, a hurgar en una herida que ya había cicatrizado, a deshacer los pasos de nuestra historia» (28). Como muestran los anteriores ejemplos, la atención de las y los autores reconocidos y nuevos no está dirigida a la *espectacularización* de las historias de los capos ni a hacer comercio con la crisis social que legó el narcotráfico. Más bien, aportan desde la literatura a la necesidad de reconciliación que vive el país; amplían la etiqueta narconarrativa con un claro interés en indagar en la memoria, y buscan una nueva manera de escribir y recordar los distintos tipos de violencia que han caracterizado a la nación colombiana.

La parapolítica y la narcopolítica

En algunas regiones de la periferia, en los ámbitos local y/o regional, y como consecuencia del tráfico de cocaína, se han erigido unas figuras de autoridad con un ejército personal alrededor y que han impuesto su voluntad. Para Duncan, es sobre las viejas estructuras ilegales del narcotráfico que aparecen unos nuevos actores en el conflicto colombiano, una mutación de los paramilitares convertidos ahora en lo que él llama «señores de la guerra», que controlan la actividad ilícita de algunas zonas específicas del país, y que se comportan de forma diferente a los guerrilleros, a los paramilitares o a las mafias. Con el surgimiento de estos señores de la guerra, el narcotráfico cambia sus estructuras coordinadoras, pues en muchas regiones el negocio comienza a depender de estas nuevas organizaciones. Entre las características de los nuevos ejércitos estarían: primero, ser «aparatos armados bajo un interés privado, así estuviera soportado en alguna reivindicación ideológica»; segundo, apropiarse «de las funciones del Estado en el plano local en medio de situaciones de Estados-nación colapsados o en proceso de colapso»; y tercero, explotar «algún tipo de economía ilícita o extractiva» (30). Estos señores de la guerra o grupos de autodefensas establecieron el control militar y político en los territorios con relativa autonomía de otros actores de poder –la burocracia, las fuerzas armadas o la rama judicial– (31). Pero se trata de una nueva denominación para un viejo actor: «sus rasgos son inconfundibles, se movilizan en potentes vehículos, se comunican con sofisticados equipos de telecomunicaciones, y utilizan armas cortas como subametralladoras y pistolas a la vista de todos» (59). Los narcotraficantes se mezclan con las autodefensas, lo que ocasiona ahora la consolidación de prestigios regionales de los narcos convertidos en terratenientes. Las dos líneas criminales tienden a convertirse

en una sola en la confluencia de las autodefensas que se vuelven narcotraficantes, y los narcotraficantes que encuentran en el paramilitarismo la oportunidad para legitimarse como actores políticos,

quienes se iniciaron como representantes de unas regiones azotadas por la acción guerrillera se convirtieron en exportadores de drogas ilícitas, desdibujando así su pretendido origen; y quienes eran simples empresarios del negocio ilícito se transformaron en cuadros de una organización contrainsurgente que reclamó su estatus de fuerza política de alcance nacional (Camacho Guizado 353).

Si en el pasado los narcotraficantes debían permanecer en las ciudades, ahora los avances tecnológicos y de telecomunicaciones les permiten permanecer en «santuarios de inmunidad» (Duncan 359). Son las nuevas condiciones geopolíticas del delito globalizado. Los grupos paramilitares desplazan a las FARC de las regiones que estas controlaban, tanto en el recaudo de impuestos a los campesinos cocaleros como en el ejercicio de las funciones del Estado; ahora son estructuras paramilitares las que gravan los cultivos, prestan vigilancia y participan como coordinadores en varios momentos del negocio, y deciden sobre los presupuestos locales. De esa forma se conforman y establecen grupos en varias regiones del país, cada uno de ellos liderado por un hombre fuerte, bajo un comando central unificado, ejercido por el más carismático y reconocido de sus líderes: «es solo cuando bajo el liderazgo de Carlos Castaño se construyen ejércitos privados capaces de imponerse como estados y configurar el orden de las regiones, que se puede afirmar que en Colombia aparece el fenómeno de señores de la guerra como una manifestación masiva» (Duncan 37). El continuo fortalecimiento y el apogeo de las AUC se da paralelo a las negociaciones de Andrés Pastrana con las FARC en el Caguán, cuando la opinión pública se concentra en los avances de los diálogos y el narcoparamilitarismo sale del foco de atención, y las pugnas entre los dos ejércitos por el control en las zonas de sembrados de coca se recrudecen.

Para finales de la década de 1990 Carlos Castaño se convierte en un actor político importante. El narcotráfico se ha transformado en un asunto más complejo que supera el mero comercio ilegal de narcóticos. Los ejércitos paramilitares, aliados en gran medida de las Fuerzas Armadas oficiales, se singularizan en uno o en varios personajes: los señores de la guerra. Pasó lo mismo que en la década de 1980 con Pablo Escobar, al criminal se le criticaba, pero también se le admiraba por su personalidad y se le amplificaba su figura como líder, con el colofón de que se ambientó el clima para la mediatización del delincuente mediante narrativas audiovisuales o relatos escritos. Castaño tuvo de ambas, un par de apariciones en televisión en horario estelar y un libro con la transcripción de una larga entrevista; «las formaciones de las AUC continuaron desplegando una estrategia gradual destinada a convertirse en un actor político. La entrevista que el canal televisivo Caracol hizo al jefe paramilitar Carlos Castaño a principios de marzo de 2000 cumplía ese propósito» (González González 437). Durante el gobierno de Álvaro Uribe las AUC pactaron una entrega y dejación de las armas, y

Castaño fue el llamado a liderar ese proceso, pero antes de asumirlo cayó víctima de su propia megalomanía y fracasó en el intento de asumir el rol de dirigente político. Igual que le pasó a Escobar o a los hermanos Rodríguez Orejuela: cuando quisieron convertirse en actores políticos de decisión y en interlocutores con el Gobierno, su poder como líderes criminales estaba en la ruina.

El acuerdo con los paramilitares implicó muchos riesgos. Uno de los principales fue que, por el acuerdo de paz, ciertas zonas dejaron de tener presencia armada ilegal, y como antes eran patrulladas por actores armados, quedaron expuestas a ser ocupadas por otros. Una tercera generación de narcotraficantes hace su aparición siguiendo la figura de las ruedas de bicicleta: un centro pequeño y alrededor de él muchas estructuras descentralizadas. Las estructuras remanentes del narcoparamilitarismo toman de nuevo las armas de forma acelerada entre 2008 y 2009 (González González 455). El Gobierno las bautiza como Bacrim, acrónimo de bandas criminales, un nuevo nombre para un viejo problema, y un nuevo capítulo en la saga de marimberos, carteles y paramilitares.

Conclusiones. La paz con las FARC y el futuro incierto

A lo largo de la historia colombiana del último medio siglo, marihuana, cocaína, terrorismo y paramilitarismo han sido factores de violencia, males y problemas que filtran lo social, lo político, lo económico y lo cultural, que se intersectan, solapan y yuxtaponen unos con otros. Las violencias colombianas se mezclan, se imbrican, se conectan. No se pueden negar los ingentes esfuerzos de todos los gobiernos del periodo. «Nuestra historia de guerras mafiosas o subversivas, de venganzas personales o políticas, se recicla y reproduce, cambia de nombres y colores: la guerra “verde” de las esmeraldas, la “blanca” de la coca, la “roja” de la guerrilla, la “negra” de los paras...» (Santos 157). La firma de los acuerdos de paz de 2016 entre las FARC y el Estado colombiano supone la desarticulación de uno de los eslabones de la cadena de producción y distribución de cocaína en el país, pero, como se sabe, el espacio que deja vacío cualquier actor del conflicto es ocupado de inmediato por otro. Sea como sea, la idea que le queda a la opinión pública es que la guerra contra las drogas ha fracasado, pues se ha centrado más en la oferta, en el eslabón débil de la cadena, el campesino cocalero agricultor, en la erradicación manual de los cultivos y en la aspersión aérea, pero nunca en la demanda y en el consumo en los países ricos, y que poco o nada se hace contra los cómplices de los criminales en el sistema financiero internacional, esto es, contra los bancos que ayudan a blanquear los capitales.

El análisis de los efectos del narcotráfico en la producción cultural colombiana está lejos de agotarse. Escritores de ficción, directores de cine y artistas plásticos se han acercado al fenómeno atraídos por la posibilidad imaginativa de sus historias y

han reflexionado sobre la memoria, la representación de la violencia y la necesidad de visibilizar a las víctimas. Los textos que hemos mencionado consiguen evitar la construcción de una narrativa única para que muchas voces contradictorias y novedosas sean escuchadas. El claro interés del público por las narconarrativas es una oportunidad única para discutir la posibilidad de nuevos escenarios que surjan del momento político actual. Pero las y los artistas y escritores deben superar un horizonte de expectativas antiguo y homogéneo. Por ejemplo, en la novela *5749 días* (2021), Juana Sánchez-Ortega propone un relato en torno a la polarización surgida a raíz del plebiscito de octubre de 2016, el proceso de paz con las FARC y la necesidad de contar las historias de las y los secuestrados a través del melodrama. Matthew Bush señala cómo la maleabilidad de esta modalidad permite en Latinoamérica comprender los cambios políticos e impulsar una manera de entender las nuevas realidades sociales a través de diferentes registros. En la novela de Sánchez-Ortega, el melodrama consigue armonizar la superación de los obstáculos que enfrenta la pareja protagonista e identificar las negociaciones en los procesos de sanación personal y colectiva.

El saldo histórico es negativo, el tejido social colombiano ha pagado un alto y cruel precio por la participación del país en los procesos de producción y distribución de narcóticos a escala global. Pero el narcotráfico en Colombia es uno más de los múltiples rostros de la violencia, y reflexionar sobre esta puede iluminar nuevas miradas sobre aquel. La narconarrativa ha explorado el papel de los y las intelectuales en esta nueva sociedad y la ilusión crematística del narcotráfico, respondiendo a las preguntas específicas de su tiempo y, con el cambio de siglo, le ha restado protagonismo a los grandes capos y sicarios para concentrarse en las víctimas y sus procesos de memoria y restauración en lo individual y como grupo social.

Referencias

- Abad Faciolince, Héctor. *Angosta*. Planeta, 2004.
- . *El olvido que seremos*. Planeta, 2006.
- Bakhtin, Mijail. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. University of Texas Press, 1981.
- Bal, Mieke. «Afectivamente efectivo: el afecto como estrategia artístico-política». *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana*. Eds. Reindert Dhondt, Silvana Mandolessi y Martín Zicari. Iberoamericana-Vervuert, 2022, pp. 51-80.
- Baudrillard, Jean. *Consumer Society: Myths and Structures*. Sage Publications, 1998.
- Benjamin, Walter. «Excavation and Memory». *Selected Writings*, volume 2. (Ed. Michael W. Jennings). Harvard University Press, 1999.
- Bolívar, Gustavo. *Sin tetas no hay paraíso*. Quintero Editores, 2005.
- Bush, Matthew. *Pragmatic Passions. Melodrama and Latin American Social Narrative*. Iberoamericana-Vervuert, 2014.
- Caballero, Antonio. *Sin remedio*. Oveja Negra, 1984.

- Camacho Guizado, Álvaro. *El narcotráfico en la sociedad colombiana*. Universidad de los Andes, Universidad del Valle, 2014.
- Castro Caycedo, Germán. *Nuestra guerra ajena*. Planeta, 2014.
- Cavarero, Adriana. *Horrorism: Naming Contemporary Violence*. Columbia University Press, 2011.
- Duncan, Gustavo. *Los señores de la guerra*. Debate, 2015.
- Ferreira, Daniel. *La balada de los bandoleros baladíes*. Universidad Veracruzana, 2011.
- . *Viaje al interior de una gota de sangre*. Alfaguara, 2017.
- Fonseca, Alberto. *Cuando llovió dinero en Macondo: literatura y narcotráfico en Colombia y México*. Universidad Autónoma de Sinaloa, 2017.
- Franco, Jorge. *El cielo a tiros*. Alfaguara, 2018.
- . *Rosario Tijeras*. Plaza y Janés, 1999.
- Gabriel García Márquez. *Papers*. Carta del 12 de marzo de 1997 a Mr. Ashbel Green de la editorial Alfred Knopf, series III, correspondence, 1961-2014, undated (11.5 boxes), Harry Ransom Center.
- García Márquez, Gabriel. *Noticia de un secuestro*. Norma, 1996.
- González, Beatriz. *Historia de la caricatura en Colombia, tomo III/1936–2020*. Villegas, 2020.
- González González, Fernán E. *Poder y violencia en Colombia*. Odecofi, 2014.
- Gossain, Juan. *La mala hierba*. Plaza & Janés, 1981.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia*. Tomo I. Taurus, 2016.
- Herlinghaus, Hermann. *Narco-Epics: A Global Aesthetics of Sobriety*. Bloomsbury, 2013.
- Jaramillo Agudelo, Darío. *Cartas cruzadas*. Alfaguara, 1995.
- Jáuregui, Carlos y Juana Suárez. «Profilaxis, traducción y ética: La humanidad “desechable” en *Rodrigo D. no futuro*, *La vendedora de rosas* y *La Virgen de los sicarios*». *Revista Iberoamericana*, n° 68, 2002, pp. 367-392.
- Jiménez Gómez, Carlos. *Camino de la tragedia nacional*. Kimpres, 2009.
- Knudsen, Britta Timm y Stage Carsten (eds.). *Affective Methodologies: Developing Cultural Research Strategies for the Study of Affect*. Palgrave Macmillan, 2015.
- Liévano, Azucena. *Una historia que no fue contada*. Planeta, 1992.
- Lleras Camargo, Alberto «En portada de *Time*». *El malpensante*, n° 25, 2000, pp. 10-13.
- Massumi, Brian. «The Autonomy of Affect». *Cultural Critique*, n° 31, 1995, pp. 83-109.
- Melo, Jorge Orlando. «La cultura». *Colombia: la búsqueda de la democracia*. Taurus, 2015.
- Mendoza, Plinio Apuleyo. *Años de fuga*. Plaza y Janés, 1979.
- Montaña, Antonio. *Una fiesta y otras fiestas*. ½ Pliego Eds., 1977.
- Pardo, Rodrigo. «Colombia en el mundo». *Colombia: la búsqueda de la democracia*. Taurus, 2015.
- Pobutsky, Aldona Bialowas. «Towards the Latin American Action Heroine: The Case of Jorge Franco Ramos' *Rosario Tijeras*». *Studies in Latin American Popular Culture*, n° 24, 2005, pp. 17-35.

- Porras, José Libardo. *Hijos de la nieve*. Planeta, 2000.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte, 1984.
- Restrepo, Laura. *Delirio*. Alfaguara, 2004.
- Rodrigo D. *No Futuro*, dirigida por Víctor Gaviria, 1990.
- Sáenz Rovner, Eduardo. «Los colombianos y las redes del narcotráfico en Nueva York durante los años 70». *Innovar*, vol. 24, n° 53, 2014. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/innovar/article/view/43947/45213>.
- . *Conexión Colombia: una historia del narcotráfico entre los años 30 y los años 90*. Planeta, 2021.
- Salazar, Alonso. *No nacimos pa' semilla*. Cinep, Corporación Región, 1990.
- Samper, María Elvira. *1989*. Planeta, 2019.
- Samper Pizano, Daniel. *A mí que me esculquen*. Pluma, 1980.
- Sánchez Ortega, Juana. *5749*. Planeta, 2021.
- Santos Calderón, Enrique. *El país que me tocó (memorias)*. Debate, 2018.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*. Debate, 2014.
- Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Alfaguara, 1994.
- Vanden Berghe, Kristine. «Escritura seca, lectores bañados en lágrimas: una lectura en clave emocional de *El olvido que seremos*». *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana*. Eds. Reindert Dhondt, Silvana Mandolessi y Martín Zicari. Iberoamericana-Vervuert, 2022, pp. 199-220.
- Vásquez, Juan Gabriel. *El ruido de las cosas al caer*. Alfaguara, 2011.
- Vitta, Juan. *Secuestrados: la historia por dentro*. Aguilar, 1996.